

# La creación

---

Estimado Pastor:

Aunque no nos hemos encontrado personalmente, tengo la impresión de conocerlo bastante y me siento autorizado para dirigirme a usted como amigo. En primer lugar, tuvimos la misma formación religiosa, pues me crié en Alabama, en el seno de una familia baptista, congregación cristiana fundamentalista de los Estados Unidos. Respondí al llamado evangélico y fui sumergido literalmente en las aguas. Si bien no comparto ya las creencias cristianas sobre la intervención divina, estoy seguro de que, si nos encontráramos y habláramos sobre nuestras más íntimas concepciones, lo haríamos en un clima de respeto y buena voluntad porque nos unen muchos preceptos de conducta moral [...]

Le escribo para pedirle ayuda y consejo. Desde luego, no hay manera de eludir las diferencias que separan nuestras respectivas cosmovisiones. Usted acepta el carácter trascendental de las Sagradas Escrituras judeocristianas y cree en la inmortalidad del alma. Para usted este planeta es una suerte de estación hacia una segunda vida eterna pues la salvación está garantizada para redimirnos en Cristo.

Yo, en cambio, un humanista laico. Creo que la existencia es lo que hacemos de ella en cuanto individuos; que no hay garantía alguna de vida después de la muerte y que el cielo y el infierno los construimos nosotros, en este planeta. No hay para nosotros otra morada. Pienso que la humanidad surgió en la tierra por la evolución de formas inferiores de vida a lo largo de millones de años; para decirlo sin pelos en la lengua: que nuestros antepasados fueron animales similares a los grandes simios. En mi opinión, además, la especie humana está adaptada física y mentalmente a la vida en la tierra y no en cualquier otro lugar. No obstante, compartimos un código de conducta ético fundamentado en la razón, la ley, el honor y un sentido innato de la dignidad que algunos atribuyen a la voluntad de Dios.

Usted hablará de la gloria de una divinidad invisible; yo, del esplendor del universo que por fin se nos manifiesta. Usted dirá que Dios se encarnó para salvar a la humanidad; yo diré que Prometeo robó el fuego sagrado para liberar a los hombres. Puede que usted haya alcanzado ya la verdad última; yo la busco aún. Es posible que yo esté equivocado o que usted esté en un error. También es posible que los dos veamos sólo parte de la verdad.

¿Acaso estas discrepancias en nuestra cosmovisión nos separan en todo? No lo creo. Tanto usted como yo, como todos los seres humanos, bregamos por alcanzar las mismas metas de seguridad, libertad de elección y dignidad; en suma, por una causa que a nuestro parecer nos excede [...]

## La creación

---

[...] Según los creyentes, la creación es obra de Dios. Sobre esa creencia descansan veinticinco siglos de teología y buena parte de la civilización occidental. Respetuosamente, opino que no es así. La vida es producto espontáneo de mutaciones aleatorias y de la selección natural de las moléculas codificadoras. Por audaz que parezca esta explicación, la avala un conjunto abrumador de pruebas. Se plantea entonces una pregunta teológica: ¿puede ser que Dios haya tenido voluntad de engañarnos como para salpicar la tierra con tantas pruebas ilusorias?

Por mucho que quiera pensar de otro modo, no veo posibilidad de llegar a un acuerdo sobre la idea del Diseño Inteligente, según la cual, para decirlo con sencillez, hay evolución, aunque guiada por una inteligencia sobrenatural. La prueba que se aduce en favor del Diseño Inteligente es una argumentación sustituta que obedece a esta lógica: puesto que los biólogos no han conseguido explicar aún cómo pudieron surgir por obra de la evolución sistemas tan complejos como el ojo humano y las móviles ciliias bacterianas, una inteligencia superior debe de haber guiado la evolución. Lamentablemente, no hay pruebas positivas de un Diseño Inteligente. Nadie se ha ofrecido para ponerlo a prueba. No se ha sugerido, ni siquiera imaginado, una teoría que explique cómo se transcriben las fuerzas sobrenaturales a la realidad orgánica. Por esa razón, los científicos de envergadura, esos que orientan la investigación original, están de acuerdo unánimemente en que la teoría del Diseño Inteligente no reúne las condiciones necesarias para formar parte de la ciencia [...]

Para terminar, espero que no se haya ofendido porque hablé de elevarnos hacia la naturaleza en lugar de elevarnos alejándonos de ella. Me daría enorme satisfacción saber que esa expresión, tal como la expliqué, es compatible con sus creencias. Pues cualesquiera que sean las tensiones entre nuestras respectivas cosmovisiones, cualquiera que sea el destino de la ciencia y de la religión en el espíritu del hombre, subsistirá siempre una terrena pero trascendental obligación que los dos estamos obligados moralmente a compartir.